



# DIOCESE of TYLER

OFFICE OF THE BISHOP

10 de octubre de 2023

Mis queridos hijos e hijas en Cristo,

Es un honor y una alegría seguir compartiendo con ustedes las verdades básicas de nuestra fe católica, al profundizar ahora en la sexta verdad que esboqué en mi Carta Pastoral del 22 de agosto de 2023: “La creencia de que todos los hombres y mujeres se salvarán independientemente de cómo vivan sus vidas (un concepto comúnmente conocido como *universalismo*) es falsa y es peligrosa, ya que contradice lo que Jesús nos dice repetidamente en el Evangelio. Jesús dice que debemos ‘negarnos a nosotros mismos, tomar nuestra cruz y seguirlo’ (Mt 16, 24). Nos ha dado el camino, mediante Su gracia, hacia la victoria sobre el pecado y la muerte mediante el arrepentimiento y la confesión sacramental. Es esencial que abracemos la alegría y la esperanza, así como la libertad, que provienen del arrepentimiento y de confesar humildemente nuestros pecados. Mediante el arrepentimiento y la confesión sacramental, cada batalla contra la tentación y el pecado puede ser una pequeña victoria que nos lleve a abrazar la gran victoria que Cristo ha ganado por nosotros”. Todos somos pecadores y todos necesitamos un Salvador, porque todos nacemos en el pecado original y, por lo tanto, estamos sujetos a sus consecuencias (cf. Rom 5, 12-21). El pecado original fue el primer pecado que cometieron nuestros primeros padres, Adán y Eva, desobedeciendo a Dios. Ese pecado original es ahora una mancha hereditaria con la que todos nacemos por descender de Adán y Eva. Así pues, el pecado original es una privación continua de la gracia de Dios y, debido a su efecto en nuestras vidas, los seres humanos nacemos en un estado de separación de Dios. Si nos quedáramos en este estado de pecado original, estaríamos eternamente separados de Dios, porque nada impuro podrá entrar al Cielo (cf. Ap 21, 27). Sin embargo, a través del Bautismo, Dios ha hecho un camino para que seamos justificados en Él, sólo a través de Jesucristo, y para eliminar no sólo la mancha del pecado original que llevamos de nuestros primeros padres, sino también la mancha de todos los pecados actuales que nosotros mismos cometemos. Y para nuestros pecados después de haber sido bautizados, Dios nos ha dado el sacramento de la Reconciliación (también llamado Confesión o Penitencia) para permitirnos arrepentirnos y quedar limpios de la mancha de nuestros pecados. En el Catecismo de la Iglesia Católica leemos que “El pecado es una ofensa a Dios: ‘Contra ti, contra ti sólo pequé, cometí la maldad que aborreces’. El pecado se levanta contra el amor que Dios nos tiene y aparta de Él nuestros corazones. Como el primer pecado, es una desobediencia, una rebelión contra Dios por el deseo de hacerse ‘como dioses’, pretendiendo conocer y determinar el bien y el mal. El pecado es así ‘amor de sí hasta el desprecio de Dios’. Por esta exaltación orgullosa de sí, el pecado es diametralmente opuesto a la obediencia de Jesús que realiza la salvación” (CIC 1850). Esa primera frase está repleta de profundos conocimientos teológicos: “El pecado es una ofensa a Dios”. Consideremos que Dios es infinitamente bueno y santo, y es amor infinito. Así, según santo Tomás de Aquino en su Suma Teológica, cuando pecamos, pecamos contra el infinito, y por lo tanto nuestros pecados son infinitamente ofensivos para Él. “Mas, como el pecado cometido contra Dios es infinito, pues tanto más grave es el pecado cuanto mayor es la persona contra la cual se peca, así es un pecado más grave herir al soberano que herir a una persona privada, y la grandeza de Dios es infinita... Luego el pecado cometido contra Dios merece una pena infinita” (Suma Teológica; I-II, c.87, a. 4, obj. 2).

En nuestra sociedad actual, tan aquejada de los errores del relativismo moral, es demasiado fuerte la tentación de mirar el peso del pecado desde una perspectiva humana, en lugar de hacerlo desde la

perspectiva divina. Ponemos excusas a nuestros pecados, explicando que las cosas que hacemos “no son tan malas”. Además, existe la tentación de presumir de la misericordia de Dios, suponiendo que seguramente un Dios amoroso y misericordioso pasará por alto nuestra desobediencia y nuestros fracasos, aunque no busquemos el perdón, porque Él es infinitamente misericordioso. Esta línea de pensamiento a veces progresa hasta que asumimos que la salvación será finalmente ofrecida a todas las personas simplemente porque Dios es infinitamente misericordioso, y por lo tanto todos los hombres serán salvados. Este es el error del universalismo. Este error podría llevar a preguntarse: “¿Cuál es entonces el sentido de la conversión del corazón a Jesucristo? ¿Para qué molestarse en seguir a Cristo?”. Esto es extremadamente peligroso, ya que nos impide la necesidad de un arrepentimiento verdadero y auténtico. Es una indiferencia mortal que pone en peligro nuestras almas inmortales y nos pone en riesgo eterno de separación de Dios. “Porque el salario del pecado es la muerte; mientras el don de Dios, por Cristo Jesús Señor nuestro, es la vida eterna” (Rom 6, 23). Aunque Dios hace un ajuste para nuestra débil y caída naturaleza humana, ese ajuste es a través de los sacramentos del Bautismo y la Reconciliación (confesión sacramental) que nos mueven a una relación correcta con Nuestro Salvador Jesucristo, a través de quien sólo viene nuestra salvación. El pecado daña nuestra relación con Dios y nos impide participar en su vida de gracia, y no podemos restaurar esta vida de gracia por nosotros mismos, ya que somos seres finitos con capacidades finitas, y Aquel a quien hemos ofendido por el pecado es infinito. No somos capaces de hacer reparaciones infinitas. Por lo tanto, sólo podemos restablecer la vida en gracia a través de Aquel que es infinito. Sólo Él es capaz de restaurar la vida. “Al oírlo, los discípulos quedaron muy espantados y dijeron: ‘Entonces, ¿quién podrá salvarse?’ Jesús los quedó mirando y les dijo: ‘Para los hombres eso es imposible, para Dios todo es posible’” (Mt 19, 25-26). La salvación viene sólo de Jesús (cf. Hch 4, 12). La gracia salvadora que Jesucristo ganó para nosotros en la cruz es un don gratuito de Dios que el hombre recibe a través del arrepentimiento, la fe y el Bautismo. Una vez bautizados en Cristo, es mediante el arrepentimiento y la confesión sacramental como cada batalla contra la tentación y el pecado puede ser una pequeña victoria que nos lleve a abrazar la gran victoria que Cristo ha ganado por nosotros.

Una palabra clave sobre la que me gustaría que reflexionáramos en este debate es “metanoia”. Esta palabra griega significa “cambio en la forma de vida de uno como resultado de la penitencia o conversión espiritual”. Este cambio se encuentra en el corazón de lo que significa ser discípulo de Jesucristo, y aunque implica una elección inicial de dar la vuelta y seguir a Cristo, metanoia denota en realidad una forma de vida que busca el cambio constante para seguir a Jesucristo más plena y profundamente. Muchas de las historias de los más grandes santos implican una profunda metanoia: san Agustín, san Ignacio de Loyola, san Francisco de Asís, santa María Magdalena y santa Teresa Benedicta, por nombrar sólo algunos. Sus historias implican un dramático alejamiento del pecado y una clara elección de cambiar para siempre y seguir a Jesucristo. El drama de sus momentos de conversión es seguido por toda una vida de volverse más plenamente al Sagrado Corazón de Jesús, y alejarse más completamente del pecado.

Ahora que hemos examinado el gran peligro del universalismo (y de negar que el precio del pecado es la separación eterna de Dios a menos que abracemos la llamada al arrepentimiento del pecado y vivamos en el Camino de Jesucristo), ¿cómo nos movemos hacia la alegría y la esperanza, así como hacia la libertad, que vienen del verdadero arrepentimiento y la vuelta a Cristo? En los términos más sencillos, la respuesta a cómo lo hacemos es vivir nuestra fe católica en la Palabra y los sacramentos. La Palabra de Dios contenida en las Sagradas Escrituras nos nutre a lo largo de este camino y nos indica siempre la verdad; y los sacramentos (instituidos por Cristo mismo) nos ofrecen encuentros con la gracia de Dios que nos fortalecen a lo largo del camino, transformándonos de pecadores en salvados.

A medida que profundizamos en nuestra comprensión de los sacramentos, y en particular de los sacramentos del Bautismo, la Confirmación y la Reconciliación (también llamada Confesión o Penitencia),

nos sentimos más atraídos hacia la metanoia que todos estamos llamados a abrazar. Estos tres sacramentos, en particular, se refuerzan mutuamente a medida que crece nuestra relación con Jesucristo. Aunque la Iglesia reconoce que Dios es soberano y por lo tanto, no está obligado a dispensar su gracia sólo a través de los sacramentos, reconocemos que los sacramentos son esenciales para la vida cristiana y son los medios ordinarios que Dios nos ha dado para que podamos recibir la gracia santificante y la salvación que Él ganó para nosotros en la cruz.

El Bautismo, por supuesto, es el sacramento necesario para nuestro arrepentimiento inicial, conversión e incorporación a la vida cristiana. Nos libera del pecado original y nos otorga la gracia santificante, permitiéndonos participar de Su vida y amor. Un elemento hermoso y esencial de la enseñanza de la Iglesia es el carácter indeleble (permanente) que el Bautismo confiere a una persona; uno nunca puede dejar de estar bautizado. En el Credo Niceno recitamos en la Misa, confesamos “un solo Bautismo para el perdón de los pecados”. El gran consuelo aquí es que, una vez configurados con Cristo, siempre podemos volver a Él por muy lejos que nos hayamos alejado en nuestra pecaminosidad, si tan sólo nos arrepentimos y confesamos nuestros pecados. Así, el Bautismo nos configura permanentemente con Cristo y nos da la gracia de vivir esta nueva relación.

La Confirmación es, más profundamente, un fortalecimiento del don original de la vida en el Espíritu Santo que recibimos en el Bautismo. Pentecostés, tal como se describe en los Hechos de los Apóstoles, puede entenderse como la Confirmación de los Apóstoles en el Espíritu Santo, y podemos ver claramente la fuerza espiritual que recibieron al formar la Iglesia en sus comienzos. Nosotros somos bendecidos con los mismos dones del Espíritu Santo cuando somos confirmados y este sacramento nos da la fuerza para apartarnos constantemente del pecado y acercarnos cada vez más al Sagrado Corazón de Cristo.

Por último, el sacramento de la Reconciliación (o Confesión o Penitencia) puede describirse como el sacramento de la metanoia continua. Todos tropezamos en el pecado y estamos llamados a confesar humildemente nuestros pecados y a esforzarnos por alcanzar una santidad más profunda. En nuestro continuo camino de fe, el Sacramento de la Reconciliación es de vital importancia, y todos debemos comprender que es un encuentro amoroso con el mismo Jesucristo que recibimos en la Eucaristía. La belleza de este sacramento es que expresa la abundante misericordia de Dios y subraya que Él nunca “pone en guardia al malvado”, sino que constantemente le da la oportunidad de que “cambie su mala conducta y conserve la vida” (Ez 33, 11). El Catecismo afirma: “Los que se acercan al sacramento de la penitencia obtienen de la misericordia de Dios el perdón de los pecados cometidos contra El y, al mismo tiempo, se reconcilian con la Iglesia, a la que ofendieron con sus pecados. Ella les mueve a conversión con su amor, su ejemplo y sus oraciones” (CIC 1422).

Mientras afrontamos los desafíos del mundo y de la Iglesia de hoy (y, en particular, con la confusión del Sínodo sobre la sinodalidad que hace estragos incluso mientras escribo esto), recordemos que sólo hay un camino hacia la vida eterna: “Le dice Jesús: ‘Yo soy el camino, la verdad y la vida: nadie va al Padre si no es por mí’” (Jn 14, 6). Nuestro Señor también nos dice claramente que no todos se salvarán: “No todo el que me diga: ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos, sino el que cumpla la voluntad de mi Padre del cielo” (Mt 7, 21). Por lo tanto, es imperativo que permanezcamos firmemente anclados en el Sagrado Depósito de la Fe y rechacemos cualquier idea que se desvíe de las enseñanzas perennes de la Iglesia Católica.

Esto incluye a cualquiera que (en nombre del ecumenismo o del diálogo) promueva el error del universalismo o intente ofrecer un camino de salvación que no sea Jesucristo y Su Iglesia. La trágica tentación de eviscerar el significado de Su vida a través de un supuesto universalismo que lo deja sin

sentido es una gran manifestación del mal al que nos enfrentamos hoy. Rechacemos la idea de que todos se salvan sin necesidad de metanoia, y abracemos en cambio la maravillosa metanoia que Dios nos ofrece sólo a través de Su Hijo. Se nos ha dado el mayor y más precioso regalo imaginable; reconozcamos ese regalo y compartámoslo con un mundo que necesita desesperadamente a Jesucristo, ¡nuestro Señor y Salvador! En conclusión, alegrémonos y regocijémonos, porque Dios nos ama y nos llama hacia Él. Construyó un puente en forma de cruz para que nuestro pecado no nos separara de Él, y nos dio los sacramentos del Bautismo, la Confirmación y la Reconciliación para que podamos cruzar ese puente y ser adoptados en la familia de Dios. Jesucristo, el Hijo de Dios, fue concebido en el seno de la Santísima Virgen María, nació en Belén, vivió y enseñó entre nosotros, sufrió y murió por nosotros, y resucitó de entre los muertos. Todo esto lo hizo para liberarnos del pecado y de la muerte, y para ofrecernos la oportunidad de alcanzar la vida eterna con Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Esa es la Buena Nueva, y debemos compartirla con alegría con el mundo.

Que Dios Todopoderoso os bendiga, hermanos míos, y que sigamos fortaleciéndonos en la fe y volviendo siempre nuestro corazón a Jesucristo, que es nuestra salvación.

Sigo siendo su humilde padre y servidor,



Mons. Joseph E. Strickland  
Obispo de Tyler